



HIJOS
DEL
SOL
Y LA
LUNA

CECILIA AGÜERO

HIJOS
DEL
SOL
Y LA
LUNA

CECILIA AGÜERO

YOUNG
KIWI

YOUNG KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, enero 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-34-0
Depósito Legal: CS 936-2023
© del texto, Cecilia Agüero
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: YF

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.youngkiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Esta fue la primera novela completa que escribí en mi vida. Se la dedico a todos los que estuvieron ahí para mí, desde el principio, cuando mi sueño era solo un borrón y ustedes creían que iba a poder conseguirlo. Gracias.

PRÓLOGO

EL ROSTRO DE IPATI

Para Cili, Ipati siempre había sido el sol. Estaba presente en su piel, en los veranos larguísimos, en el calor que la empapaba mientras jugaba con su hermanita, hasta en las noches sofocantes en las que le suplicaba a su papá que la dejara dormir al raso.

Esas eran sus noches favoritas, porque adoraba el aire fresco después de un día bochornoso. Incluso, aunque su hermanita no dejase de suplicar por una historia.

En realidad, no eran historias, en plural, sino una sola. La única. La primera. Esa que, por alguna razón, su hermanita adoraba y su padre, que era incapaz de negarle algo a sus hijas, entonaba con voz suave, grave y arrulladora de cara a las estrellas.

—En el inicio de los tiempos, el mundo estaba poblado de grandes porciones de tierra.

—¿Qué tan grandes? —la hermanita de Cili solía interrumpir, curiosa, con lo primero que le llegase a la cabeza.

El padre sonreía e intercambiaba una mirada con su mujer antes de responder.

—Mucho más grande de lo que podrías imaginar. Días y días de marcha para abarcar alguno de esos trozos, separados por masas inmensas de agua.

—¡El río!

—Sí, el río. Pero también, algo todavía más inmenso que el Elisio. —Ese era el nombre de la gigantesca serpiente de agua sobre la que ellos vivían—. Imagínate, de entre toda esa inmensidad, una tierra hermosa, única, partida en dos. Esa, hijas mías, era la tierra elegida.

»Allí fue donde el sol y la luna se enamoraron. —Era el momento en el que la hermana de Cili se cubría la boca, extasiada. Ella, en cambio, adquiriría una expresión adusta, un poco escéptica. En eso, se parecía mucho más a su madre—. El sol, con sus cabellos bronceados y su fulgurante destello, no podía dejar de observar la figura plateada y misteriosa de la luna, cubierta de delicadas cicatrices que deseaban ser acariciadas. Sin embargo, había algo que se interponía entre los dos, y no era solamente la distancia imposible que existía entre uno y otro.

Le correspondía a Cili susurrar el nombre:

—El Elisio.

—Así es. —La corroboración de su padre siempre llegaba con un guiño—. Nuestro hondo río, que sigue siendo tan difícil de atravesar. El que nos proporciona sustento y nos obliga a respetarlo, a convertirnos en hombres y mujeres de bien. El dios Serpiente.

»Fue el sol quien se rindió primero. Era imposible cruzar ese horizonte; no iban a lograrlo. Así que, en vez de eso, fundaron un lugar en el que tanto la luna como el sol pudiesen vivir en armonía. Separados, pero unidos. Esa tierra se llamó Ipati, y su centro, la Ciudad Real.

»Ipati se convirtió en el centro de nuestro universo y, nuestro Elisio, el más importante.

A Cili, le generaba una profunda nostalgia oír los comienzos del mundo. Era como si se hubiese perdido una parte importante de la vida, una en la que no había estado presente. Le incomodaba y le provocaba escozor, pero no solía quejarse porque bien valía la alegría de ver a su hermana satisfecha y a su padre orgulloso, porque sus hijas mostrasen tal interés por sus ancestros. Para él, la historia lo era todo, y Cili todavía era muy joven para entender que quienes la apreciaban de esa manera era porque se la habían negado durante toda su existencia.

En cambio, ella había crecido bien arraigada. Ipati siempre le había ofrecido su mitad más brillante, más soleada. Para ella, su tierra era cálida y serena, igual de confiable que su padre.

Hasta la noche que mostró su luna.

Al principio, Cili no la había diferenciado mucho de las demás. Habían cenado los cuatro, mientras conversaban en voz baja, y estaban disponiendo los jergones cuando escucharon el griterío fuera.

—¡Niñas, aquí! —había ordenado enseguida su padre, irguiéndose en toda su estatura.

Más tarde, Cili escucharía las habladurías que decían que Baldassare había nacido lejos de Ipati, en una tierra de tifones, inmune al miedo.

Su madre había soltado el cuenco, haciendo un gran estrépito. Cili y su hermana pequeña habían corrido hacia los brazos de su padre mientras los chillidos seguían aumentando.

Luego, se daría cuenta de que había estado viviendo una fantasía infantil; que el sol de Ipati en realidad no refulgía con tanta fuerza. Y, esa noche maldita, en verdad, no se diferenciaba demasiada de las otras.

Ya no quedaba nada del cuento, porque ya no había serenidad en esa tierra yerma.

Su madre, que temblaba como una hoja, había soplado las dos velas antes de tratar de acercarse a oscuras hacia su familia, encogida en un rincón. Su marido la había abrazado, haciéndole sitio de inmediato.

—Necesito que estén muy calmadas —les había advertido Baldassare a las dos, con la voz ronca. Edite había empezado a lloriquear contra su hombro, para que las niñas no la vieran—. Es como el juego de siempre, ¿de acuerdo? Quietas y en silencio. Cuando afuera se callen, habremos ganado.

Cili ya empezaba a acostumbrarse a ese juego que se sucedía cada vez más seguido. No terminaba de gustarle, porque su madre no parecía contenta con la idea de divertirse antes de dormir, pero le agradaba no tener que poner una excusa para obtener un abrazo de su padre. Le avergonzaba pedírselo en voz alta.

Sin embargo, esa noche había sido diferente: los gritos solo habían escalado, como si quisieran quebrar el cielo negro que los envolvía.

Edite se mordía las lágrimas mientras sus hijas seguían fantaseando con ganar otra vez el juego de su papá.

De pronto, una patada hizo saltar la precaria puerta de madera, y una luz amarilla bañó la única estancia.

—¡Cierra, cierra, imbécil! ¡Van a encontrarnos!

No habían visto todavía a la familia agazapada en la esquina.

Cili, sorprendida, había observado cómo un hombre inmenso tomaba la madera con las manos y volvía a colocarla en su sitio. No se parecía a Baldassare. La niña creyó que era amarillo por la luz que se reflejaba en la piel, pues ninguno de los hombres llevaba camisa.

Fue el gemido ahogado de Edite el que los puso sobre aviso.

—¿Qué mierda...?

—¡Cállate! —rugió el primero. Parecía ser el jefe.

Baldassare rompió el abrazo para ponerse frente a las tres mujeres.

—No le hagan nada a mi f...

Desesperado, el jefe atizó con uno de los palos que traían, rompiéndole la cara. Edite volvió a chillar, esta vez de horror, abalanzándose sobre el rostro quebrado de su marido.

—¡Cállense, maldita sea! —ordenó el tipo, haciendo aspavientos, sin decidirse a golpear a la mujer.

Cili entendió que el juego había terminado.

—¡Apaguen las luces! ¡Van a encontrarnos! —El hombre, exaltado, se dirigió al que llevaba el farol. Eran cuatro en total. Estaban armados con picas y cargaban sendas bolsas arpilleras que soltaron sin miramientos sobre los jergones—. ¡Háganlo, ya!

—¿Papá?

Cili había mirado a su hermana, que tampoco había entendido lo que estaba pasando. Quiso sujetarla —el corazón, que le latía fuerte en el pecho, le estaba dictando el camino a seguir— para susurrarle que hiciera silencio, pero la niña se le adelantó.

—¿Papá? ¡Papá!

Baldassare no estaba inconsciente, aunque apenas se movía. La nariz se le hinchaba a una celeridad pasmosa; no dejaba de perder sangre.

—¡Cállense! —repitió el jefe. Tenía los ojos desorbitados—. Si por culpa de ustedes nos encuentran, voy a...

—Déjame encargarme de una hermana —pidió el que había levantado la puerta. Cili no sabía si de verdad era amarillo, pero tenía los ojos más claros que había visto en su vida—. Por fav...

—¡Shh!

El silencio reinó solo por un segundo, hasta que Cili vio con horror cómo su hermana empezaba a lloriquear.

—Papá, papá... ¡Papá!

—C-cariño... —tartamudeó Edite con la voz quebrada—. No...

—¡PAPÁ!

—¡CÁLLATE, MIERDA!

—Niko, déjame matar...

—¡Van a encontrarnos, me cago en mi maldita mierda! —El jefe ignoró al que seguía suplicando y al otro tipo que parecía espiar por la única ventana, haciendo un paneo rápido del exterior. De una zancada, tomó a Edite por el cabello y la elevó un palmo hasta acercarla mucho a su rostro.

No era amarillo, como creía Cili. Era la luna. Era blanco.

—Si no haces que las malditas crías se callen, me haré un collar con tus huesos —amenazó en voz muy baja antes de escupirle a propósito a la mujer.

Baldassare hincó un codo, pero no pudo hacer nada para recuperar a su esposa.

Cili podía prever cuándo su hermana iba a echarse a llorar. No lo hacía casi nunca, era una niña tranquila, mucho más que ella. Solo la había visto aterrada y hundida en lágrimas esa vez que su padre había sacado un enorme insecto del jergón que compartían. Y cuando la niña vio a su padre cubierto de sangre y la expresión descompuesta de Edite a un palmo de ese monstruo, alcanzó su límite. Rompió a llorar, a todo pulmón.

—¡Cili!

El jefe había dejado caer a Edite bruscamente al escuchar el lamento histérico de la cría. La mujer se derrumbó encima de su otra hija; Baldassare no había podido advertirle a tiempo. Aterrado, quiso llegar hasta la niña que berreaba, pero la fuerza le falló.

—¡Calladla, maldición! ¡Nos van a quitar la piel si nos encuentran!

—Hay gente acercándose —advirtió el que espiaba fuera, por encima de los alaridos desesperados.

—Niko, déjame...

—¡CALLA A LA MALDITA NIÑA!

Hacía tiempo que la tierra de Ipati no podía reflejar la dicha y la serenidad del cuento favorito de su hermana. Esa noche, Cili supo que la paz le había sido esquiva desde el principio, solo que ella no se había dado cuenta.

El que había sacado la puerta de cuajo desenvainó con la misma rapidez un cuchillo corto que llevaba en el cinto para sujetar con la otra mano a la cría de la cabeza.

—¡No!

—¡Callaos o la mato!

Lloraba aterrada. La niña vio los ojos claros y el rostro que la obligó a clavar el mentón sobre la única superficie que había en la casa antes de abrirle la boca para sacar la lengua.

—¡NO!

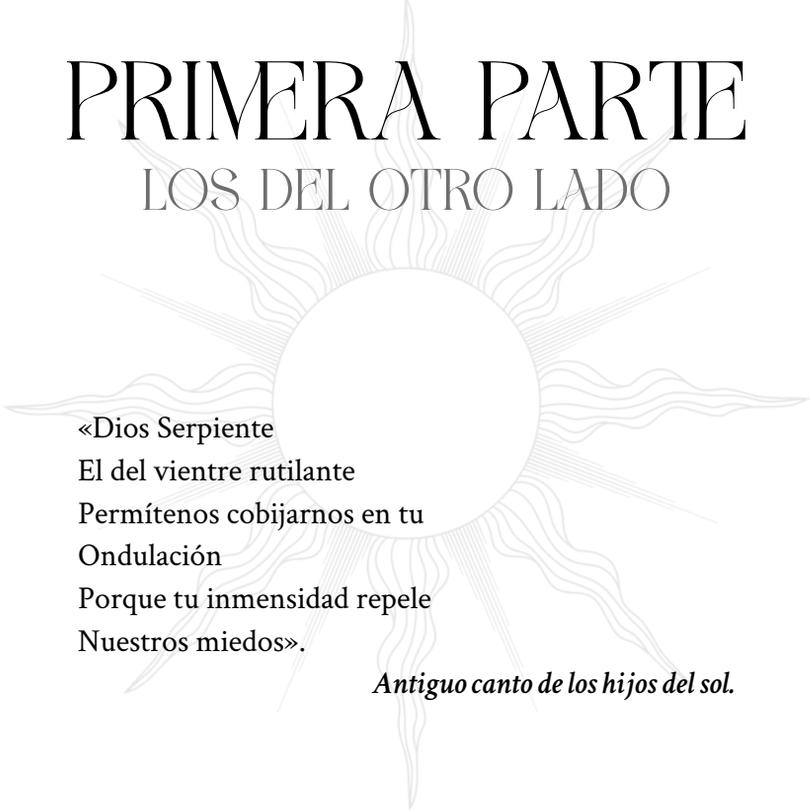
No podía llorar porque el hombre le había estirado la lengua, se estaba ahogando.

La niña se revolvió, muerta de miedo, como si tuviese alguna posibilidad de vencer la fuerza de aquel tipo, que había podido con la puerta.

De un solo tajo, la lengua saltó para aterrizar frente a la mirada de Cili. Un pequeño trocito rosa que iba a perseguirla en sus pesadillas más oscuras.

PRIMERA PARTE

LOS DEL OTRO LADO



«Dios Serpiente
El del vientre rutilante
Permítenos cobijarnos en tu
Ondulación
Porque tu inmensidad repele
Nuestros miedos».

Antiguo canto de los hijos del sol.

CAPÍTULO 1

Cuando Cati se levantó, supo que, por primera vez en su vida, nadie iba a prestarle mucha atención, y no le molestaba, en verdad. Ella también tenía la cabeza en otro sitio.

Era un día fuera de lo común para el pueblo.

Su madre ya estaba en el exterior, retirando malezas con las manos desnudas.

La chica salió deprisa, alisándose la falda y saludando a Edite con un gesto.

—¡Cati, espera! —exclamó la mujer cuando la vio corriendo—. ¡No te separes de Bruno! ¡Y dile a tu hermana que...!

Demasiado tarde. Cati siguió el camino que serpenteaba desde su casa, disfrutando del solazo que estaba entibiándole la piel.

Pasó como un rayo por entre las chozas vecinas, sin atinar a detenerse a ver si Bruno ya estaba listo para salir.

—¡Eh, Cati! —El grito espantó a las tres viejas gallinas que tenían en el corral, que empezaron a cacarear asustadas. El chico estaba dándoles de comer, y se sorprendió al ver a Cati con esas prisas—. ¡Espera! ¡¿Qué...?! —Ella le hizo un gesto, acompañado de una sonrisa, antes de seguir su camino—. ¿Vas al puerto? ¡Espérame!

Cati no lo oyó. El joven farfulló una incoherencia antes de soltar los granos que llevaba en las manos emulando un cazo. Las gallinas se volvieron locas al escuchar cómo estos caían, enzarzándose en una pelea por ver quién conseguía más mientras Bruno salía del corral pasando una pierna por encima de los hilos fabricados por su padre.

—¿Por qué nunca escucha...? —masculló, mirando hacia el punto donde Cati se había perdido de vista. El sol pegaba con fiereza sobre su frente perlada—. Espero que al menos Cila esté allí.

La plaza estaba llena de gente. A Cati el corazón le dio un salto al notar todos esos cuerpos hinchados de calor, un tanto desorientados. El bochorno era demasiado fuerte para la época, y cuando la canícula llegaba tan pronto, cualquier cosa podía suceder.

Las personas allí reunidas no se decidían a empujar para bajar hacia el puerto o permanecer allí, esperando la entrada de los extraños en un sitio con más espacio y, también, mejor protegidos. Pero Cati quería ser testigo de todo y, si conseguía llegar hasta el puerto, tal vez podría ver a su padre; así que empezó a abrirse paso entre empujones, intentando colarse en el hueco que se agrietaba gracias a su fuerza, para acercarse a la otra punta de la plaza y tomar el corto camino que conducía al muelle. Era demasiado esmirriada para su edad, y todos en el pueblo estaban tan ansiosos que no conseguía que le hicieran caso.

—¿Cati?

Esmeralda era apenas una jovencita, pero tenía casi la misma estatura que ella, y también estaba buscando crear un hueco para hacerse sitio. A Cati siempre le habían fascinado los abalorios que vendía en la plaza, pero, esa vez, no tenía tiempo para eso. Se señaló las faldas, haciendo un gesto de impotencia con las manos que la niña tardó en entender.

—No, es... —Un codo sin rostro le golpeó sin querer el hombro a Esmeralda, quien dejó caer un ominoso collar que brillaba al sol—. ¡Espera! ¿Por qué estás sola?

Pero Cati ya se había perdido entre el amasijo de gente y sudor. Empujó un poco más, alcanzando al fin el otro lado. También había muchas personas en el camino que bajaba. Una extraña mezcla de curiosidad y recelo a ambos lados iba floreciendo.

—¿Es cierto que van a instalarse junto al río?

—No, van a estar en la plaza. No sé quién mierda les dio esos lugares.

—Dicen que son delincuentes los que mandan para aquí... ¿Por qué tenemos que aceptarlos?

—Van a trabajar en el puerto.

—¿Van a trabajar o van a robar?

—Los hijos de la luna han perdido su reputación hace generaciones. Sus ancestros deberían estar avergonzados.

—Mira, yo no me olvido... Mi padre encontró su fin bajo el filo de sus armas. No tengo intención de perdonar. Arruinaron a mi familia.

—¿Eso es lo que desea Ciudad Real? ¿Que perdonemos?

—Esas pieles tan blancas me generan un rechazo tremendo. ¿Cómo demonios se supone que vamos a dormir con esa gente al lado?

—Quiero verlos de cerca...

—¿Crees que tendrán miedo?

—Nosotros deberíamos tener miedo de esa escoria. Ya veréis, ¡van a arruinarnos!

—¡Van a dejarnos pelados en la noche y se van a llevar todo! ¡Ya saben cómo hacerlo!

A Cati no le gustaban esos comentarios tan negativos. Nadie había emitido juicio en su casa, excepto Cili. Había estado de un humor de perros desde hacía tiempo, pero desde que el mayor había anunciado que varias familias de los hijos de la luna iban a instalarse en Ipati, como parte de las expresiones de buena voluntad que se extendían desde Ciudad Real, su rabia no había dejado de escalar.

—¡Buena voluntad, una mierda! —había espetado de mal modo una noche, haciendo que su madre se escandalizara.

—En esta casa no se habla así —la había reprendido Baldassare, sin perder la compostura—. Contrólate.

—¡Pero papá...! —había protestado la joven, furiosa—. ¿Estás de acuerdo con toda esta locura?

Cati los veía, asustada. No le gustaba cuando peleaban.

—Lo que yo piense no importa —había zanjado el hombre, partiendo el pan con más fuerza de la necesaria—. Lo que importa es que van a llegar, y tenemos que aceptarlo.

—¡Pues yo no quiero!

Cili se había puesto de pie, a pesar de las quejas de su madre, y se había marchado.

Atemorizada, Cati había observado con súplica a su padre.

—Volverá enseguida —la había tranquilizado Baldassare, haciéndole una caricia rápida en la cabeza—. Necesita aceptar las cosas.

—Tendrías que dejar de consentirla tanto —había murmurado Edite, contrariada—. No puede andar sola de noche, ya no es una niña.

Baldassare había terminado de cenar en silencio.

Cati quería saber de qué se trataba. La llegada había sido confirmada hacía pocas semanas y, desde entonces, esperaba ansiosa y curiosa.

Hacía tiempo que había dejado atrás sus intentos por recordar esa noche en la que había perdido todas las palabras. Sentía cómo su propia mente frenaba sus pobres pinceladas para dibujar lo que había pasado, para no aterrarse con el cuadro completo.

—Yo me acuerdo por las dos —le había dicho Cili, un día en el que había tratado de confiarle sus pensamientos. Su hermana había contraído el rostro, enterrando con fiereza los dedos en la arena fría, de cara al río—. Así que, no necesitas hacer nada. Déjalo así.

Cili era la que siempre lidiaba con todo.

Cati nunca había visto a alguien que no fuese moreno. Había escuchado que su padre no lo era, pero Cati no veía nada extraño en él: tenía la voz muy gruesa, pero su piel era igual que la de ella y que la de su madre; sus cabellos tenían el mismo color, pero mucho más ensortijados que el de ellas. Estaba segura de que los vecinos se equivocaban respecto a Baldassare.

En cambio, los que estaban por arribar al muelle eran verdaderos desconocidos. Llegaban, de enfrente, de aquel sitio simbólico que había sido el centro del miedo durante dos generaciones. La verdad detrás del bonito cuento que le gustaba escuchar cuando

era niña. Sin embargo, gracias a esas fantasías, Cati estaba libre de eso. Veía todo con ojos limpios.

Ella no recordaba a ningún hijo de la luna.

—Pero ¿qué haces aquí? —Escuchó que le decían en la distancia, antes de que una mano fuerte se posara en su hombro para girarla. Había alcanzado al fin el puerto, donde una muchedumbre se intentaba hacer pequeña para poder ver la precaria embarcación que estaba amarrada al único muelle. No esperaba ver a Cili tan pronto, ni tan enfadada—. ¿Por qué estás sola? ¿Mamá no te dijo que te quedaras en casa?

Cati la abrazó como método de persuasión; era su jugada más habitual.

La joven se quedó tiesa ante el contacto.

—No intentes cambiar de tema —la reprendió, tomándole la mano para que no se separase—. Debiste haberte quedado. Esto no es un espectáculo para niñas.

Cati protestó, pateando el suelo.

—Te llevaré de vuelta cuando tenga un momento —le advirtió, ignorando su torpe berrinche—. ¿Por qué no esperaste a Bruno?

Ella se encogió de hombros, y Cili bufó.

—No te separes.

Su hermana se encargó de hacer suficiente sitio para que nadie rozara a Cati, dando codazos a quien fuera necesario. La joven era mucho más grande y fornida que ella; no le molestaba usar su fuerza en público. Muchas veces, bromeaban con que su espalda era incluso más ancha que la de varios muchachos de su misma edad.

—¡Ey! ¡Aquí, aquí!

Cati lo reconoció de inmediato, a pesar de que entre los presentes apenas podía atisbar, si se ponía en puntillas, la mano que se agitaba para llamarles la atención.

—No pensé que vendrías —dijo Álvaro, abriendo paso a Delia para que pudiera llegar.

Ella se abalanzó sobre Cati, que le respondió con cariño.

—Hace mucho que no te veo —reprochó la recién llegada, más hacia Cili que hacia su hermana—. Podrías dejarla tener más libertad, ¿eh? Bruno no es el único que merece tu confianza.

—Cila es así —contestó Álvaro, al ver que la joven permanecía de brazos cruzados—. Es peor que el gato que teníamos de niños.

—No me compares con un animal —respondió ella con brusquedad.

Cati sonrió.

—¿Quieres que Álvaro te cargue para que veas mejor? —le preguntó Delia, contenta de tener la atención de la más pequeña.

—No.

—Nadie te preguntó a ti, Cila —se burló el joven. Ella frunció más el ceño.

—Voy a llevarla a casa en cuanto... —fue interrumpida antes de poder terminar.

—¿Quieres?

Cati le echó una mirada algo avergonzada a su hermana, antes de sacudir la cabeza en señal de asentimiento.

—Si te pones celosa, puedo cargarte a ti también —le susurró Álvaro a Cili, apartados.

Ganó de su parte un empujón brusco que lo echó hacia atrás.

—No me hables.

—Nadie va a quererte con ese maldito carácter. —El joven no había terminado con el culo en el suelo porque la muchedumbre lo había sostenido—. Te encanta romper las reglas, ¿verdad?

Cili iba a responder, pero Delia la atajó, intentando calmar las aguas.

—Solo quiere probarte, déjalo —le recomendó con timidez, algo asustada por la fiera expresión de la chica—. Vamos, bueno para nada. ¡Haz algo útil y sube a Cati!

—Con cuidado —añadió su hermana mayor, sin mirarlos.

—Con cuidado —concedió Delia, resignada.

Álvaro se mordió la lengua para no eternizar la pelea e hincó la rodilla en la arena para ofrecerle a Cati su espalda.

Ella dudó un momento, antes de abrazarse al cuello de él, agradecida de que Álvaro no pudiera verle el rostro en llamas.

El sol le rebotó directo en los ojos, un palmo por encima del resto de coronillas que buscaban echar un vistazo. Había comenzado el desembarco.

—¿Ves algo? —preguntó Delia desde abajo. Estaba dando saltitos, ansiosa.

—Sujétate, Cati —ordenó Cili, haciendo caso omiso a la escalada de excitación y nervios colectivos.

Su hermana obedeció, afianzando el agarre para no caerse de la espalda de Álvaro.

Podía ver cómo habían comenzado a bajar; la gente que estaba más cerca se ahogaba en murmullos. Con rapidez, la exaltación iba dando paso al recelo, y los gritos eran cada vez más altos.

Eran varias familias. Las mujeres estaban cubiertas para protegerse del sol rabioso, y Cati apenas podía verlas. Apretaban con fuerza la mano de los niños desorientados. Nadie parecía entender por qué los miraban tanto.

Hasta que aparecieron los hombres.

Hacía tiempo que Cati había evaporado de su cabeza los intentos de recordar la noche que había cambiado su vida. Ya no hurgaba en falsas invenciones tratando de llenar los huecos que había en su mente. Se había resignado, haciéndole caso a Cili y dejándolo estar. Había encerrado su inquietud en un recodo profundo de su ser y no había vuelto a mirar atrás; por eso, no sabía cómo debería sentirse en ese momento, cuando el recuerdo volvía a observarla a la cara.

Esa piel blanca, brillante bajo el sol. Y los ojos... Los ojos más claros que Cati hubiera visto nunca, repetidos una y otra vez en todos esos hombres y en todos esos niños que iban a ser parte de su pueblo a partir de entonces.

CAPÍTULO 2

A Bruno le había llevado toda la tarde dar con Cati.

El pueblo era un caos: la gente no había dejado de abarrotar la plaza, como si se tratara de un día de fiesta, y los niveles de violencia se habían incrementado con el correr de la jornada.

El chico había creído, en principio, que Cati podría andar por allí, como parte del espectáculo.

No dejaban pasar a los recién llegados; los murmullos se habían convertido en gritos cada vez más histéricos. Bruno había visto cómo una de las mujeres, que siempre compraba sus huevos, tiraba del manto con el que se cubría una de las blancas, hasta hacerla trastabillar y caer. El hecho lo había horrorizado.

Conocía a la mayoría de los que habían estado en el muelle y en la plaza. Había crecido allí; las mujeres habían conocido a su madre y todos sabían quién era su abuelo. Su padre llevaba proveyendo huevos desde que había nacido; todos sabían dónde quedaba su hogar. Por eso, se había llevado una sorpresa desagradable al ver cómo, los que solían ser amables con él —había visto al tipo barbudo que siempre les llevaba algo preparado por su esposa cuando se acercaba a ver a las gallinas—, parecían haberse vuelto otras personas. El barbudo estaba llamando eso, que su padre le había dicho que *jamás* podía decirle a una mujer, a las blancas que pasaban aferradas a sus hijos, intentando taparse la cara con los pañuelos.

A Bruno le asustó esa demostración tan sincera de desprecio, y dio un respingo cuando el primero de los hombres blancos quiso responder.

Los jóvenes se habían arremolinado junto a la que había terminado por tierra, intentando levantarla, a pesar de los pisotones. Entre la marea de gente, que apenas le permitía ver, Bruno atisbó

un puñado de chicos, que tendrían más o menos su edad. Uno larguirucho se había parado frente a la pobre mujer tendida en el suelo y había empezado a increpar a los mirones, haciendo muchos aspavientos con las manos.

Contuvo el aliento cuando el hombre barbudo le cruzó la cara de un puñetazo al niño que, por la fuerza del impacto, cayó junto a la mujer a la que intentaba defender.

Bruno se hizo espacio para marcharse, aterrado. Nunca había sido partidario de la violencia, y verla de primera mano lo había puesto enfermo.

Le costaba justificar a su gente, por más que entendiera por qué los adultos estaban tan enojados. Era demasiado pequeño para recordar las razias que había sufrido esa zona de Ipati de la gente del otro lado del río.

Su padre sí las había tenido presente, y había sido de los muchos que no habían estado de acuerdo con la instalación de los blancos en el pueblo, pero no había nada que hacer. La decisión ya había sido tomada. Ni siquiera el mayor podía oponerse; no de las directivas que llegaban de arriba.

Bruno no tenía nada en contra de los recién llegados. En verdad, había creído, de manera ingenua, que pasarían desapercibidos. Solo eran un puñado de familias para un pueblo que seguía expandiéndose, desbordando los límites que habían tenido desde hacía décadas.

Su abuelo le había contado que, hacía tiempo, la casa de Cati, la de la familia de Edite, estaba tan alejada del núcleo del pueblo que había que caminar un buen trecho hasta alcanzarla.

En ese momento, en cambio, se unía con las demás, en una masa uniforme de construcciones. Seguía marcando el límite de ese lado, justo encima del monte antes del recodo, pero el pueblo también había crecido por la otra punta e, incluso, algunos hogares se habían alejado bastante del borde del río.

Por eso, estaba haciéndose tan difícil hallar a Cati; el sitio a cubrir era mucho mayor que sus capacidades. Hubiera querido, al

menos, encontrar a Esmeralda, la cría con la que Cati se llevaba tan bien, y que vendía baratijas en la plaza todos los días. Con el sitio abarrotado, ni siquiera había podido atisbarla.

Se había alejado casi corriendo de allí, agitado y algo mareado, todavía con los chillidos desahogados de la plaza en los oídos. Subió la pendiente resollando, y se maldijo de nuevo por no hacer más de ejercicio. Siguió de largo para llegar hasta la casa de Cati.

Se encontró a Edite con un enorme canasto a medio llenar, secándose el sudor que le generaba el sol.

—Hola, señora —se hizo notar él, sin entrar en el huerto.

La mujer dio un respingo y lo miró espantada.

—¡Bruno!

—¿Cati ya regresó? —El chico no permitió que ella le preguntara primero.

Su mueca asustada le dio la respuesta. Volvió a maldecirse, haciendo que su corazón corriera todavía más deprisa.

—No. Creí que estaría contigo.

—No quiso esperarme... —se lamentó Bruno, sin entrar en detalles—. No se preocupe. Seguro que se encontró con Cili en el muelle.

—Espe... ¡Bruno!

No se giró para responderle, ya se volvía ladera abajo.

Se sintió mal por Edite, pero asustarla no iba a hacer que encontrara a Cati más rápido.

Descartó llegar hasta el puerto por su propio pie, ya que era imposible con toda la gente que había, y no tenía intención de volver a pisar la plaza. No creía, con sinceridad, que Cati hubiera podido alcanzar a su hermana. La ansiedad le apretó la garganta y tuvo que esperar un momento, doblado en dos, para recuperar la respiración.

Recorrió todos los alrededores, intentando dar con la chica. El pueblo era un caos, así que nadie se habría fijado en ella.

Conforme pasaba el tiempo y el sol brillaba más fuerte, Bruno se desesperaba más. Era su culpa. Si a Cati le pasaba algo... No

tendrían que haberla dejado salir en un día así. ¡Él tendría que haber hecho más por detenerla! Lo había pillado por sorpresa. Había creído que bajarían juntos a la plaza más tarde.

Resignado, se saltó el almuerzo para seguir buscándola.

Dio la vuelta larga para llegar a la otra parte del río, en donde doblaba y se volvía más rápido.

Bruno nunca había visto el mar, pero los que sí lo habían hecho, los pocos aventureros que viajaban a Ciudad Real, decían que aquel río se parecía mucho a uno. Era su dios Serpiente, tan ancho que apenas se podía distinguir el otro lado.

Eso, tal vez, había sido la maldición de toda la gente que vivía ahí.

Agitado, se tomó un momento para llenarse los pulmones de aire antes de bajar la duna de tierra que se volvía arena sucia, mordida por una sola rompiente.

Exhaló de golpe al divisar una pequeña figura junto a la orilla desierta.

Era Cati.

Maldiciéndose por última vez —habían ido allí muchas veces: cuando niños, a recoger piedritas y, más mayores, a dejar correr el tiempo—, se deslizó demasiado aprisa para alcanzarla, haciéndose daño en las rodillas desnudas con los matorrales que crecían salvajes sobre la duna.

Cati dio un respingo al sentir el movimiento cerca de ella, pero sus facciones se suavizaron al reconocerlo.

—¡Al fin te encuentro! —farfulló Bruno, un tanto abochornado por su aspecto desesperado. Se serenó para poder sentarse a su lado, y Cati solo se encogió de hombros—. ¿Por qué no me esperaste?

Ella repitió el mismo gesto, con la mirada perdida en el horizonte. Se abrazaba las piernas para poder enterrar el mentón entre sus rodillas huesudas.

Bruno no le permitió escaquearse.

—¿Bajaste a la plaza?

Cati torció el gesto antes de asentir lentamente con la cabeza.

—Era un caos. Supongo que no alcanzaste el muelle. —El chico se atragantó cuando leyó la respuesta en las facciones de ella—. ¿Cómo...? ¡Cati! Si Cili se entera de que estuviste ahí, sola, va a matarte. ¡Y a mí!

Ella enterró la cara entre las rodillas y dejó salir un sonido gutural.

Bruno se tapó la cara con una mano.

—¡Esto es un desastre! —Cati le dio la razón con otro asentimiento, aun con la cabeza escondida entre las piernas—. ¿Por eso estás aquí sola?

A veces, a Bruno le hubiese gustado que su amiga pudiera responder con algo más que con gestos. Era un pensamiento egoísta, lo sabía, y se odiaba por ello. No conocía bien la historia de cómo había perdido la capacidad de hablar, porque nadie en la familia quería mencionarlo en voz alta, pero era consciente de que no había sido por un paseo en el desierto. No era tan tonto como para ignorar las cosas que decían algunas mujeres sobre la familia de Edite, reunidas los días libres en la plaza.

Intentaba no caer en la lástima, porque odiaba ese sentimiento. La había vivido de primera mano en todos los rostros sin nombre que lo habían acariciado cuando su madre había muerto, como si él estuviera exigiendo aquel cariño artificial.

Cati no le daba lástima, aunque a veces se encontrara deseando escuchar su voz.

La chica se encogió de hombros, y volvió a contemplar en el horizonte. Era obvio que estaba triste.

Así que Bruno se tumbó en la arenilla tosca y se dejó consumir por el sentimiento de desasosiego que exudaba su amiga.

No había sombra, y el estómago le había empezado a rugir de frustración. El esfuerzo de la mañana y las carreras por todo el pueblo lo habían dejado sediento y exhausto, sin mencionar que hacía rato que habían pasado el mediodía. Pero, se quedó allí, llenando el silencio de Cati. No quiso volver a preguntar nada. Ella permaneció

inmóvil durante un tiempo que se le antojó eterno, cubierto solo por el chirrido de las chicharras y el frufrú del viento contra la maleza.

Al menos, desde ahí, no se oía el desastre campal de la plaza.

Bruno fue el primero en sobresaltarse al escuchar de nuevo pasos a su espalda, por el mismo camino que había llegado él.

El sol ya había empezado a bajar; sentía la piel ardiendo y la boca en llamas.

Cili avanzaba a grandes pasos hacia ellos, bajando la duna con una agilidad envidiable. Estaba furiosa.

—Catarina, ¡ven aquí ahora mismo! —exigió, sin una pizca de gracia en la voz.

Bruno tembló.

—Creo que estamos en problemas... —le murmuró a su amiga, pero ella no reaccionó. Siguió dándole la espalda a su hermana, lo que solo consiguió cultivar más el enojo de Cili.

—¡No me hagas ir a por ti! —Avanzó dos pasos y se plantó delante de ella, con los brazos en jarras—. Bruno, vete a casa. Tu padre te está buscando.

No admitía réplicas. Cili siempre le había dado algo de miedo, con esa actitud bravucona y un poco arrogante. No sabía cómo negarse y, ciertamente, tampoco cómo desobedecerle.

Bruno se puso de pie de un salto, tocándole apenas el hombro a Cati para llamar su atención.

—Lo siento —murmuró sincero—. Te veo mañana.

Ella le regaló una mirada triste.

Bruno no soportaba verla de ese modo. Cati siempre estaba sonriente, de buen humor. Pocas cosas le borran el ánimo, y él se había encargado personalmente, desde que eran niños, de combatirlos para que estuviera siempre feliz.

Se inclinó para besarle la coronilla con torpeza, con las mejillas rojas, al recordar que Cili seguía mirándolos, echando chispas.

Cili aguardó a que Bruno trepara la duna y se perdiera por el camino que conducía de vuelta al pueblo, antes de reducir la distancia que la separaba de su hermana.

Él se quedó al otro lado, sabiendo que estaba siendo tonto y también entrometido, escondiéndose entre las matas. Si se asomaba un poco, podía distinguirlas bastante bien.

Le daba reparo dejar a su amiga sola en esa tesitura.

—No te hagas la tonta, porque no te pega —le estaba espetando Cili. Cati se hundió más en su posición—. Levántate. Mamá está histérica.

Cati tuvo que tomarla del brazo para incorporarla, porque ella no parecía dispuesta a obedecer.

Bruno se encogió un poco más.

—No puedo creer que pongas esa cara. ¿Sabes cómo estuve todo el maldito día? Tuve que fingir frente a papá para que no se diera cuenta, porque ¿qué crees que iba a decirle? ¿Que eres una niña caprichosa que se fue sin decir nada, *sola*, con toda la gente que había en el puerto?

Cati hizo una mueca antes de echarse a llorar sin ruido, quebrando en seco el enfado de su hermana.

—No es posible... —murmuró Cili, frustrada, antes de darle unas torpes palmadas en la espalda, incómoda y arrepentida—. Vamos, no llores. —La joven le clavó los dedos, sollozando un poco más fuerte—. No quise gritarte, es que... estábamos preocupados.

Cati se retiró para limpiarse la cara y asintió, compungida.

—No puedes irte así, y menos sin nadie que te acompañe. ¿Entiendes? —A pesar de las formas, en eso Bruno estaba de acuerdo—. Había muchísima gente hoy en la plaza, y podrías haberte lastimado. Las cosas se pusieron algo violentas, después —intentó hacerla reaccionar, buscando disminuir su tono severo—. No vuelvas a hacerlo.

Se relajó cuando Cati asintió, frenética, todavía con lágrimas manchándole la cara.

—Vamos a casa —la instó, girándose para que ella pudiera limpiarse—. Mamá hizo el pan que te gusta.

Bruno suspiró. Era el momento perfecto para retirarse antes de que las hermanas lo vieran.

Cili enarcó una ceja, cuando vio que Cati levantaba el rostro hinchado, sorprendida.

—¿Qué? —se burló la joven, ofreciéndole la mano para poder subir—. ¿Te creíste que íbamos a olvidarnos de ti solo por esto? Voy a terminar creyendo que sí eres tonta.

Dejó escapar un corto suspiro cuando vio que Cati estiraba una sonrisa húmeda, símbolo de que todo volvía a la normalidad.

Echaron a andar juntas de regreso a casa, con el sol hundiéndose a los pies del río, y Bruno suspiró aliviado.

CAPÍTULO 3

Cati a veces fingía que dormía, y nadie notaba que en verdad estaba escuchando las discusiones en casa.

Su regreso no había sido agradable.

Edite la había abrazado como si, en vez de haberse perdido algunas horas por ahí, hiciera años que no sabía nada de ella.

—No exageres, mamá —había intentado apaciguarla Cili, a pesar de que ella había estado igual de nerviosa.

Edite le había sujetado el rostro a su hija menor con ambas manos y la había mirado a los ojos directamente.

—No puedes irte así, sin compañía. ¿Me has escuchado?

Cati había asentido con vehemencia, mientras contenía otra vez las ganas de llorar.

Para cuando Baldassare regresó del puerto, el ambiente se había suavizado. Edite ya había amasado el pan y la misma Cati la había auxiliado cortando los trocitos de pescado para la cena.

Si el día había sido inusual y violento para el pueblo al completo, dentro del hogar se habían puesto de acuerdo para fingir lo contrario.

—Con todo lo que ha ocurrido no pude conseguir algo de carne —se excusó Baldassare, hablándole a Cati—. Te prometo que mañana me haré con un buen trozo.

Ella le puso una mano sobre los nudillos encarnados y le sonrió antes de negar con la cabeza.

Ninguna de las mujeres había mencionado el episodio de la mañana. Baldassare no se había enterado de la pequeña aventura de Cati, y tampoco la había visto en el muelle.

Ella se marchó a dormir, después del beso reglamentario de su madre, una vez que los jergones estuvieron estirados.

Lo cierto era que deseaba estar sola, para intentar asimilar lo que había descubierto y averiguar cómo debía comportarse al respecto. No lo había hecho a propósito.

El conflicto en su familia estalló antes de que pudiera encontrar el sueño.

—Cila, necesito que hablemos —dijo su padre, severo—. Siéntate.

Cati se encogió un poco más sobre sí misma, oliendo la tormenta que se aproximaba en su hogar.

—Me encontré con Álvaro en el puerto —siguió Baldassare, ajeno al temor de su hija pequeña.

—Lo que sea que te haya dicho, habrá sido con intención de molestarte. Es un idiota.

—¡Cili! —exclamó su madre, alterada—. No hables así de un hombre.

—Él no es un hombre —masculló la joven, burlona. Cati hasta podía imaginarse sus labios fruncidos con desagrado—. Es un idiota y un engreído.

—Hija, ya te expliqué que no pienso tolerar ese vocabulario en mi casa. —Al menos, Cili tuvo la decencia de guardar silencio—. Me comentó que te había visto muy irrespetuosa. Comportándote de manera indebida. Otra vez.

—Papá, entiende que...

—No, entiéndeme tú. Aquí, con nosotros, puedes hacer lo que quieras. Sabes que no voy a impedírtelo, pero tú misma fuiste la que pidió ayudar en el muelle y...

—No puedes estar ahí abajo con todos esos hombres sin comportarte como es debido, Cili. —La voz de su madre era casi suplicante—. ¿Qué van a pensar?

—No me importa lo que otros crean.

—¿Y lo que piensen de mí? —El argumento de Baldassare quebró un poco la obstinación de su hija—. Si quieres seguir trabajando, vas a tener que ceñirte a las reglas.

—Pero ¿qué reglas? No hay ninguna para los hombres, ¿verdad? ¡Eso es ridículo! —Cili estaba haciendo mucho ruido, y Cati

adivinó que se había puesto de pie, furiosa—. ¡Valgo mucho más que los críos que ayudan ahí, y tú lo sabes!

—No, si dejas que los muchachos como Álvaro sigan notando que intentas destacar por encima de...

—¡No intento destacar! No puedo evitar ser quien soy, ¿o sí? ¿Qué quieres, que me haga más pequeña? ¿Qué finja no tener fuerza? ¡Es absurdo!

—¡Cili! —volvió a escandalizarse Edite, al borde del llanto—. Es importante mantener una reputación honorable si quieres...

—¿Esto es todo por lo que piensa el idiota de Álvaro? —preguntó ella, masticando las palabras, sin oír las razones de su madre—. No puedo creerlo.

—Intenta reflexionar, hija —pidió Baldassare, conciliador—. Pronto Cati también será mayor y...

—Ah, no —La rotunda negativa de Cili resonó en el pecho de su hermana, que se había visto venir aquella disputa. Se encogió más como si así pudiera cubrirse los oídos para no oír nunca más—. No voy a permitir que restrinjan a Cati con reglas absurdas, sin ningún tipo de razón. —Temblaba de indignación—. ¿Me oís? No voy a permitirlo.

—¿Puedes hacer el favor de escucharme? —Baldassare estaba perdiendo la paciencia que tradicionalmente lo caracterizaba—. No es decisión tuya lo que vaya a ocurrir con Cati. Solo permíteme...

—No. A mí me da igual, porque no pienso casarme nunca, pero no voy a dejar que moldeen su personalidad para el bien de algún hombre que...

—Cila, no puedes levantarnos el tono de ese modo —advirtió su madre, con la voz quebrada. Cati no necesitaba observar la escena para saber que estaba sollozando.

—Haré lo que sea necesario, ¿de acuerdo? ¡Esto...! —Cati oyó un forcejeo, supuso que su padre estaba intentando detener a su hermana, pero Cili era escurridiza—. No puede ser. Me voy.

El silencio que siguió a su declaración la hizo suponer que efectivamente se había marchado.

Edite lloraba ya sin ocultarlo.

—Esta niña nos va a traer tantos disgustos... —Hipó, cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¿Cómo puede...?

Baldassare la había alcanzado para frotarle la espalda.

—Ya se le pasará —intentó animarla en voz muy baja—. Intentaré hablar con ella de nuevo.

—¿Para que siga rebelándose? —lloriqueó la mujer, sin dar tregua—. Baldassare, todo el pueblo habla de ella. Le permitiste trabajar en el puerto... ¡En el puerto! Y va por ahí, con otros hombres... Han de mirarla como si fuese una... una...

—En realidad, no es tan...

—No te atrevas. —Edite sonaba herida, decepcionada—. No te atrevas a darle la razón. Sabía que te pondrías de su lado.

—¿Cómo voy a prohibirle trabajar si ella tiene razón? —Suspiró Baldassare—. Es mucho mejor que muchos de los muchachos jóvenes que andan por ahí, y su físico no ha hecho más que ayudarla.

—¡No es lo que una jovencita debería estar haciendo! —chilló su mujer, alterada—. Con esa gente desconocida aquí... ¿Cómo podremos protegerla, si ni siquiera la hemos educado para ganarse el respeto de su propia gente? —Baldassare no respondió—. Esa niña necesita aprender su lugar aquí. Cati no puede tener ese mal ejemplo como algo bueno.

—Cati no tiene nada que ver aquí.

—¿Sabes lo que hizo hoy? —Edite lo ignoró, se sorbió la nariz y volvió a la carga. Las mejillas de Cati, tumbada inmóvil, a pocos pasos de ellos, ardían de vergüenza—. Quiso bajar sola a ver a los blancos. ¡Ni siquiera esperó a Bruno! ¿¡Quién sabe lo que le pudo ocurrir con toda esa gente!?

—Baja la voz —pidió el hombre, tenso—. Vas a despertarla.

—Todo esto es porque le has dado demasiado a Cila, y Cati cree que es lo que hay que hacer —prosiguió su mujer, sin hacerle caso—. Todavía es una niña, pero no por mucho tiempo, Baldassare. No va a ser una niña para siempre.

El aludido suspiró con pesadez y adquirió ese talante meditabundo mientras sopesaba las palabras de Edite.

—Lo sé. Ya lo sé.

—Cili tiene que dejar el trabajo y aprender a comportarse.

—Me gustaría ver cómo vamos a conseguir eso... —repuso el hombre, sincero—. Mañana volveré a hablar con ella. No te enojés, ¿de acuerdo? Vayamos a descansar.

Cati creyó que la tormenta había pasado hasta que, en el silencio de la noche, volvió a escuchar a su madre sollozar mientras Baldassare le susurraba palabras de consuelo.

CAPÍTULO 4

La primera vez que Marco estuvo en una pelea, ya no se sentía en casa.

No había estado de acuerdo con el traslado, como cada uno de los que habían sido elegidos para aquella estupidez. Hasta habían protestado, él y muchos más para frenarlo.

Pero la decisión había sido irrevocable.

Tenían que tomar sus pertenencias, que entraban en dos sacos con facilidad, y marcharse a pie hasta la embarcación que iba a cruzar el río, que solía dividir su tierra de la de los morenos, hasta alcanzar su nuevo destino.

Al fin, Ciudad Real respondía al horror de los blancos, pero lo hacía de una manera precipitada y chapucera.

Ellos no deseaban moverse. No querían abandonar su sitio. No era eso lo que estaban buscando. Y, sin embargo, tampoco podían negarse, porque no había un plan mejor.

Nadie estaba feliz allí arriba, ni siquiera los más pequeños.

Las mujeres se habían apiñado en un costado, fingiendo indiferencia y murmurando asustadas, protegidas del sol por sus pañuelos, mientras el resto intentaba mantener a los críos bajo control, aunque estuvieran igual de nerviosos con la llegada.

Al final, había sido peor de lo que Marco había imaginado.

Le había herido el orgullo, recientemente descubierto, escuchar los gritos de los locales, que no dejaban de azuzarlos —«ladrones», «escoria»— para provocarlos. Le sorprendió ver cómo marchaba Fabian, siempre tan altanero, con la cabeza erguida y el rostro inexpresivo, cuando él mismo podía sentir la rabia en forma caliente espesándole las venas. Y había explotado, cuando pudo atisbar cómo uno de esos monstruos de piel morena tiraba

del pañuelo de Susi, que le cubría la cabeza y los brazos. Ella había gritado, espantada, y había trastabillado entre toda esa gente, que se había reunido con el solo motivo de odiarlos.

Su cuerpo había reaccionado por inercia y, luego, cuando tuvo tiempo de reflexionar al respecto, había llegado a la conclusión de que no se arrepentía.

En un parpadeo había estado frente a Susi, que seguía sin poder levantarse, porque los morenos le pisoteaban el pañuelo, y, con toda la fuerza que no sabía que tenía, le había propinado un puñetazo al moreno, antes de explotar en improperios hacia el resto de los mirones.

Luego, todo había sido un caos.

Por más que lo hubiera deseado, no recordaba mucho qué era lo que había ocurrido, pues se había llevado una paliza, que le dolería más de una semana. Pero estaba orgulloso, porque Fabian le había asegurado que había hecho lo correcto.

Eva se había largado a llorar, en cuanto los vio enzarzarse en la pelea con los demás, y ni Susi había podido calmarla.

—¡Muchachos, deteneos! —su padre había tratado de intervenir, en vano, pues fue ahogado por los gritos de guerra que explotaban en la plaza—. ¡Calmaos, por favor!

—¡Bastardos! ¡Truhanes!

—¡Monstruos!

—¡Regresad a vuestro sitio, no queremos ladrones!

—¡Vuelve a decirle eso a mi hermana y te partiré la cara! —Ni siquiera tenía muy claro de dónde habían salido esas palabras, solo que estaban bulléndole directo desde el estómago y no había tenido vergüenza de escupírselas a ese estúpido moreno.

No se arrepentía.

Había algo en esa tarde que lo había hecho cambiar, que lo había hecho crecer, y Fabian ya no lo miraba como un niño.

Aquella misma noche, su familia, la de Fabian y las demás, que los habían acompañado, se habían refugiado en una de las edificaciones, que serían su hogar a partir de entonces, para quemar todos los resentimientos.

Susi había llorado, creyendo que nadie la veía.

—Esto no tiene sentido —le había espetado Fabian nada más verla, enojado. Su ira no se dirigía a la joven, por supuesto, pero estaba tan desbordado, que no había podido evitar ser brusco—. No fue tu culpa, así que deja de llorar.

—Intento hacer que lo entienda desde hace horas —comentó su padre desde atrás, contrito—. Tal vez consigas que a ti te escuche...

A Marco incomodaba cuando Susi lloraba. Nunca había sido de esas niñas que pillaban rabietas por todo, así que sus lágrimas solían significar que en verdad estaba herida. En aquel momento, tenían sabor a humillación, y a Marco le ardía el rostro de recordarlo.

—Déjame curarte eso —le había pedido Eva, refunfuñando.

Ella sí que se había llevado un buen susto en la plaza; Fabian luego le contaría que había llorado histérica, porque en la rabiosa algarabía se había perdido y nadie quería ayudarla.

Marco se había apartado, a pesar de que tenía el labio roto y la mitad de su cuerpo escocía como nunca antes lo había hecho en su vida.

—El niño ya es todo un guerrero, Gerd —se había mofado Fabian. Le golpeó la espalda al pasar, sin notar la mueca de dolor de él—. Deberías estar orgulloso.

—Lo que pasó en la plaza no debe volver a ocurrir. —La respuesta del hombre no fue lo que Fabian esperaba, y la sonrisa se le resbaló hasta quebrarse a sus pies. Susi se tapó el rostro con las manos—. No queremos que esta gente nos odie. Tenemos que intentar adaptarnos a...

—¿A qué? ¿A su estúpida idea de paz? —lo interrumpió Fabian, frunciendo el ceño. Su expresión solo se afilaba con el moretón que se había ganado en el pómulo—. ¿A toda esta mierda? Nadie nos quiere aquí, Gerd. Supéralo. *Nosotros* no queremos estar aquí.

—Hijo, habla con respeto —pidió Janina en voz baja, la madre de Fabian, que se había acomodado junto a Eva.

—Intento conseguir que entren en razón —la contradujo, dando una vuelta para observar a todos los presentes. Otra vez, Marco

deseó ser más como él; hasta su padre lo estaba escuchando, a pesar de que no compartiera su opinión. Susi había dejado de llorar—. ¿Qué es lo que vamos a hacer aquí?

—No podemos volver a irnos, Fabi —murmuró ella, abrumada—. ¿Qué tratas de decir?

—Si vuelven a insultarte, voy a matarlos, y hablo en serio. —El silencio se hizo tan espeso que hasta la pequeña Eva se asustó, con los ojos bien grandes ante la amenaza—. Y Marco estará de acuerdo conmigo, ¿verdad?

Una eternidad pasó volando antes de que se atreviera a responder.

—Sí.

—Si ya nos odian, haremos que al menos nos respeten.

CAPÍTULO 5

A pesar de los cuidados de Eva y Susi, el cuerpo le había seguido doliendo durante un par de días más, que fueron una pesadilla para los suyos.

Fabian se había juntado con su pequeña pandilla y había sido él quien había conseguido comida, y un sitio en aquel lugar tan poco hospitalario.

Habían averiguado que casi todos los hombres trabajaban en el puerto y en sus pequeñas huertas. No era tan diferente a lo que alguna vez habían conocido los blancos, pero el sitio donde estaban apenas tenía espacio para todos, y la tierra no parecía demasiado fértil.

Fabian y los demás habían empezado la discusión por conseguir el respeto que habían querido.

Marco los había acompañado, aunque poco había hecho más que estorbar.

Susi estaba preocupada por él.

—No vayas a meterte en otra pelea —le había suplicado la mañana siguiente a su llegada. Tenía ojeras profundas, y Marco pronto descubriría que le daba miedo salir de la casa—. No es necesario que sigas todo lo que dice Fabi.

Él había procurado no espantarla más, pero no tenía pensado hacerle caso.

Su padre solo le había dado consentimiento con un gesto de la cabeza.

El resto del tiempo, Marco se dedicaba a curiosear.

Al principio, Roque se había mostrado reacio.

—Tu padre no quiere que nos metamos en problemas —lo había advertido, señalando hacia donde estaban viviendo—. Y el mío tampoco.

—¿Cómo crees que vamos a instalarnos aquí si no conocemos nada más que estas cuatro paredes? —había rebatido Marco con lógica, desarmando a su amigo por completo—. Vamos.

En cierta forma, tenía razón, y Roque al final estuvo de acuerdo con él.

Habían visto cómo escupían al pasar a uno de los suyos, pero parecía que no se metían demasiado con los niños.

—No somos niños —se había quejado Marco por lo bajo, mirando con rabia a una morena gorda que fruncía la boca con desprecio al verlos.

—Que te hayan puesto un ojo morado no significa que seas Fabian, ¿sabes? —le había devuelto Roque.

Por toda respuesta, Roque se había sonrojado. Lo había empujado en revancha, pero las carcajadas parecían desentonar con su alrededor.

No les había ido mal.

Además de muestras de odio de todo tipo, habían podido analizar en la tierra todas las entradas que tenía la plaza principal del pueblo, de modo que, al segundo día, ya sabían la manera más rápida de bajar al puerto.

A pesar de que el lugar donde habían anclado le generaba cierta nostalgia, en realidad preferían evitarlo: estaba siempre lleno de hombres morenos.

Marco creía conocer ya cualquier manera de regresar a casa desde todos los puntos que habían visto. También la zona que los locales llamaban «el desierto» y no presentaba ningún atractivo en particular.

Al tercer día, habían escuchado que, si daban un rodeo largo detrás de la plaza, podían volver a encontrarse con el río, subiendo por la lomada de las últimas casas y volviendo a bajar para encontrarse con una curva en el afluente.

—Vamos.

Había pasado el mediodía y hacía un calor sofocante. De ese lado del pueblo, las casas parecían más precarias y espaciadas; no

se veía a nadie cerca. El sol les daba directamente en la nuca. Se habían quitado las camisas para anudárselas sobre la cabeza y evitar que los rayos les cayeran sobre la coronilla. Era una costumbre muy morena, pero no les quedaba más remedio, porque no estaban tan acostumbrados a esa canícula. De donde venían ellos, todo era muy seco, era cierto, pero el sol no parecía querer despellejarlos con sus rayos.

—Creo que es por ahí —se aventuró a decir Roque, señalando una duna poco elevada cubierta de maleza.

Había una última construcción antes de que el terreno descendiera y la tierra se hiciera más clara. Cuando se acercaron, fue evidente que más allá solo podía haber agua.

No se veía un alma en el páramo.

—A que llego primero —soltó Marco deprisa, antes de empujarlo con la palma y echar a correr, al fin sin miedo de que sofocaran su risa.

—¡Eh! ¿Qué...? ¡Maldito! —Escuchó que se quejaba su amigo antes de seguirle los pasos, jadeando. Para cuando sintió su presencia a su espalda, Marco ya había derrapado hacia abajo sin control, e intentó sujetarse de un hierbajo que se cortó con la fuerza que le imprimió a su descenso.

—¡Cuidado!

Demasiado tarde. Roque se cayó encima de él y terminaron por rodar juntos durante la última parte, envueltos en una nube de tierra, arena y sudor. Marco se deshizo del cuerpo de su amigo, riendo a carcajadas —las primeras genuinas que dejaría escapar desde que llegaran—, y se tumbó en la arena hirviendo de cara al cielo.

—¿Por qué no hay nadie aquí? —Escuchó que se preguntaba Roque mientras se acomodaba el turbante improvisado, que se había perdido en la caída—. ¡Es el mejor sitio en el que hemos estado desde que cruzamos a este lado!

Tenía razón. Marco estaba preguntándose si podrían nadar de ese lado del río —no parecía ser tan rápido y letal como en el centro

del pueblo—, cuando sintió que su amigo le sacudía el brazo. Sus facciones se habían endurecido por completo.

—Allí hay unos... unos...

No necesitaba terminar la frase para que Marco comprendiera.

Se incorporó de inmediato, plenamente consciente de que solo eran dos niños blancos, solos en un páramo desierto, fuera del pueblo y de lo poco que les había otorgado seguridad.

Pero los otros no parecían tener intención de acercarse. Los separaba una distancia considerable, pero no era suficiente como para no ver que en verdad no eran adultos. Eran tres, morenos a rabiari; y, al juzgar por su estatura, no podrían tener mucha más edad que ellos.

—¿Qué haces? —se alarmó Roque al ver que Marco avanzaba con paso decidido hacia allí—. ¿Te has vuelto loco? ¡Maldición!

Lo siguió a su pesar, mascullando improperios en tono cada vez más bajo a medida que se acercaban a los locales.

—¡Eh!

El único chico presente se puso de pie de un salto, y a Marco le agradó notar que no era más alto que él. Pensó cómo actuaría Fabian en una situación así, y decidió aprovechar la ventaja.

—¿Qué hacéis aquí? —incredó, imitando la posición que le había visto poner a él cuando buscaba riña.

—¿Qué hacéis *vosotros* aquí? —corrigió el chico moreno. No parecía atrevido, había trastabillado para ponerse de pie.

Una de las niñas, que lo acompañaban, también se levantó, cubriendo a la otra.

—No queremos problemas, así que mejor idos —aseveró ella, mucho más firme que su compañero.

—Sabéis que ahora este es nuestro sitio, ¿verdad? —se metió Roque, que cedía demasiado aprisa a la presión. Marco sonrió complacido—. Podemos quedarnos todo lo que queramos.

Los morenos parecían debatir internamente qué hacer.

—Deli, no te molestes —murmuró el chico, atajando lo que fuera a decir la niña—. Mejor nos marchamos.

—Sí, haced caso a vuestra *amiga* —provocó Marco a propósito, sin poder evitarlo.

Nunca había peleado antes de llegar a Ipati. Había creído que era un chico pacífico, pero esos tres días le habían demostrado, de una manera real y cruda, cómo se veía la cara del odio y, también, cómo se veía el hombre que quería ser.

—¿Y no sois muy pequeños para andar sin vuestras madres sucias? —siguió, ciego de arrogancia. Era estúpido, porque era obvio que tendrían la misma edad que él, pero no podía evitarlo. Era como si la voz de Fabian le susurrara al oído y él no pudiera negarse a su efecto—. Al menos podríais usar el río para lavarse.

—¡Cállate! —espetó el chico, rojo de rabia y vergüenza—. No tenemos nada que discutir con un blanco.

—Cati, vámonos —murmuró la otra chica, Deli, girándose hacia su amiga para ofrecerle la mano.

—¿Tenéis miedo? —se burló Roque, haciendo una mueca ridícula que llenó de satisfacción a Marco y obligó a boquear al chico moreno, que no sabía qué responder.

—No —replicó Delia, altanera—. Los blancos solo dan pena. ¿No es verdad, Cati?

Marco aguardó una respuesta que no llegó.

La tercera niña tenía la mirada baja, no podía verle el rostro.

Delia la sujetaba con ambas manos, a pesar de que estaba de pie, como si quisiera infundirle ánimos. Al final, solo asintió frenéticamente con la cabeza.

—Vámonos —ordenó Bruno entre dientes. Temblaba, y Marco no supo si era de indignación o de terror.

Le gustó el cosquilleo que le recorrió la piel al saber que eran los dueños de la situación y que, por una vez, eran ellos los que estaban haciéndoles pasar un mal rato. Todavía tenía demasiado frescas las lágrimas de Susi, llena de tierra en el suelo, con su pañuelo pisoteado.

—¿Por qué tenéis tanta prisa? —Buscó sujetarle el brazo a la más pequeña para tirar de ella, cuando la niña levantó la cabeza,

al fin, para encontrar su mirada por solo un parpadeo. El sonido gutural que salió de su boca abierta, llena de pánico, lo obligó a soltarla, sorprendido y descolocado.

—¡Cati! —chilló Delia, perdiendo los estribos—. ¡Aléjate de ella, sucio...!

Todo sucedió demasiado rápido.

La chica se había puesto en el medio, y Roque había reaccionado antes de que Marco pudiera evitarlo. Más tarde, su amigo le confesaría que creía que el tipo iba a saltar, pero era obvio que estaba demasiado asustado por ellos.

El puñetazo había caído limpio sobre el rostro de Delia, que gritó y terminó sobre la arena, sujetándose el rostro. Cati se venció de rodillas a su lado, alteradísima.

Fue ese el momento que Bruno eligió para reaccionar.

—¿Qué...? ¡Malditos! —No había tenido tiempo para pensar más insultos. Se abalanzó sobre ambos amigos, con demasiado ímpetu y poca experiencia, más aterrado porque volvieran a golpear a alguna de las chicas, antes de considerar que iban a molerlo a palos.

Marco no había peleado nunca antes de llegar a ese lado de Ipati. Sin embargo, allí parecía que era lo único que sabía hacer.